

LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.

Año I.

Domingo 15 de Diciembre de 1861.

Núm. 24.

EDUCACION RELIGIOSA.

IDEA DE DIOS.

Si pasamos revista á los innumerables medios que se ponen en práctica para que sea familiar á la infancia, desde muy temprano, la idea de Dios, desde luego parecerá imposible que entre tantos y tan variados como la religion y la ciencia han excogitado, no haya muchos propios y eficaces para un objeto tan elevado de la educacion cristiana, á la que las mas exclarecidas eminencias de la Iglesia, y los hombres mas distinguidos en el arte de enseñar, han consagrado tesoros de la mas pura doctrina en libros sencillos y excelentes, que sin peligro alguno pueden correr en manos de la infancia desde que empieza á balbucear la palabra escrita. Pero esto no obstante, es de tal interés á nuestros ojos este paso primero de la educacion y enseñanza religiosa; necesita un desempeño tan acertado, que no podemos menos de tratarlo bajo el punto de vista que venimos presentando á la consideracion y estudio de la madre de familia, todos los que en su importante mision han de ser objeto de sus asíduas tareas, dejando, sin embargo, en su alta estima los libros y medios que bajo la garantía de la Iglesia emplean los profesores y los gefes del hogar doméstico, por muy distantes que se hallen de nuestra opinion.

La madre es el agente principal de la primera educacion y enseñanza, y á ella corresponde inocular en sus hijos la idea sublime

de Dios. Pero si se atiende á que para definir á Dios, dar á conocer su naturaleza y rasgar el velo misterioso é impenetrable que la oculta á nuestra razon, lleva la humanidad entera tantos siglos de investigaciones y estudios sin haberlo conseguido, ya haya interrogado á la naturaleza, hasta quebrantando la tierra para penetrar en sus profundidades, ya se haya lanzado á los cielos, medido la extension, trazado y calculado el curso y vuelta de los astros con una precision sorprendente, ¿cómo imponer á la muger un trabajo tan difícil, y fiar á su debilidad, y no muy completa instruccion, una tarea para la que, el fuerte es débil, y el mas sábio se considera ignorante? Sin embargo: nadie mas apto que la madre de familia para este objeto; porque si el hombre armado de la ciencia ha explorado en vano la tierra, y pretendido leer en los cielos para estudiar á Dios, conocerle y definirle, Dios no se ha ocultado jamás á los ojos del hombre; permaneciendo invisible, se manifiesta en todas partes por sus obras; habla al sentimiento de todos; á todos lleva la fé de su existencia, y la muger es la mitad del linaje humano que la abraza con mas ardor, la cultiva con mas perseverancia, é imprime profundamente en su alma el sentimiento de su magestad divina, en el que se conserva y fortifica hasta la tumba, aunque no llegue á comprenderlo jamás.

Ahora bien: si la enseñanza de la idea de Dios es de las primeras, porque sobre ella se desenvuelve lenta y provechosamente la de todas nuestras creencias y la de una doctrina

católica pura ; si es á la vez enseñanza de verdadero sentimiento, la madre que los inspira y despierta todos en el alma inocente del niño, es la única capaz de realizarla en la forma y de la manera que conviene á la firmeza de la fé y á la pureza del Cristianismo, en una edad en que la razon muestra solo los primeros albores de su existencia por los ligeros destellos de algunas facultades perceptivas, que, como rayos precursores de la luz de la inteligencia, carecen aun de la fuerza necesaria para desvanecer las tinieblas de la ignorancia.

Si cediendo al poderoso influjo del hábito, y transigiendo con nuestra culpable ineptitud, adoptamos como medio de instruir á la infancia en la idea de Dios una definicion escogida y sancionada por la Iglesia, esperando con prudencia la edad en que el niño puede recogerla fácilmente en su memoria para recordarla con precision, ¿qué habremos conseguido? Dar una idea incompleta de Dios, porque todas sus definiciones son incompletas; no hablar ni mover el corazon del infante hácia él; mantener oculta bajo el velo del misterio su divina esencia, sin iniciar la adoracion de su existencia y grandeza, como prueba irrefragable de la fé que tenemos en ellas sin comprenderlas en la pequeñez de nuestra razon, y exterilizar la parte mas elevada de nuestro sér para dar un cultivo prematuro á la inteligencia.

Mas si pedimos á la madre de familia toda su accion sobre el espíritu de sus hijos, y la reclamamos el cumplimiento del sagrado deber que tiene de imprimir en su alma el sentimiento de Dios, para que la idea de su existencia vaya reflejándose fielmente en la inteligencia, nosotros la veremos que, si al sentar sobre sus rodillas esos tiernos séres, desprendidos no há muchos años de sus entrañas, para mantener la frecuente y dulce comunicacion de sus caricias, les trasmite en un lenguaje sencillo y natural las primeras nociones de un Dios bueno y justo, á quien ella ama para que lo amen, adora para que lo adoren,

respetar para que lo respeten, y de quien hace depender el bien y el mal que ellos experimentan, para que en él esperen y de él teman, entonces podemos decir que la enseñanza de la idea de Dios se ha iniciado cual corresponde. Porque estas primeras nociones, cuando son puras y verdaderas, se arraigan desde luego para recibir mas tarde un excelente desarrollo con el auxilio de la razon; porque el sentimiento de adoracion que tan oportunamente despertó la madre con su palabra y su ejemplo, se renueva incesantemente, y el hombre no puede menos de amar y adorar al Dios que su madre amó y adoró. Y este amor, y esta adoracion hácia un sér que sentimos en nosotros mismos y en cuanto nos rodea, crecen por el misterioso influjo de la fé, tan firmemente inspirada por aquella de cuyo amor no podemos dudar, y á cuyo solo recuerdo vá unido un mundo de confianza y gratitud, estableciendo nuestra comunicacion directa con Dios, á quien nuestra alma siente, adivina y confiesa por ese rayo de su llama divina, desprendido de su propia esencia, para formar parte de nuestro sér, en quien vive como nosotros vivimos en él.

Semejante enseñanza, para la que la ciencia es las mas veces impotente, se hace accesible á los espíritus mas débiles y humildes por medio de la madre, que sabe como nadie descender al nivel de sus hijos, y á quien nadie iguala en aptitud para enseñar á amar, creer y orar. Por eso su corazon y su ejemplo son, por decirlo así, el gran libro de enseñanza para la infancia, á quien solo el espíritu vivifica y mueve, cuando la letra escrita es aun un objeto muerto para su inteligencia. La idea de Dios, pues, inspirada por la madre, será la base de una creencia imperecedera, como el mismo Dios que la inspira por su mediacion, y de ella brotará la saludable máxima de que Dios está siempre con nosotros, y que para él no hay oculta ninguna de nuestras acciones y ninguno de nuestros pensamientos, siempre que ella procure persuadir á sus hijos por medio de las pala-

bras y el ejemplo de que no lo olvida jamás. Así, pues, por sublime y delicada que sea la enseñanza de que hemos tratado, dejad á la madre su acertado desempeño, que Dios ha puesto en su corazón el firme sentimiento en que debe apoyarse, y la ha dotado de una aptitud especial que no dan fácilmente la ciencia ni el estudio.

L. R. Y P.

LO QUE LOS HIJOS DEBEN A SUS PADRES.

19. III

Los autores de nuestros dias, los que enjugaron nuestras primeras lágrimas, los que sobrellevaron las miserias é impertinencias de nuestra infancia, los que consagraron todos sus desvelos á la difícil tarea de nuestra educación, para labrar nuestra felicidad, son para nosotros los seres mas venerables que existen sobre la tierra.

En medio de las necesidades de todo género á que, sin distincion de personas ni categorías, está sujeta la naturaleza humana, muchas pueden ser las ocasiones en que un hijo haya de prestar auxilios á sus padres, dulcificar sus penas, y aun hacer sacrificios en aras de su bienestar y su dicha; pero, ¿podrá acaso llegar nunca á recompensarles todo lo que les debe? ¿qué podrá hacer que le descargue de la misma deuda de gratitud que para con ellos tiene contraída? ¡Ah! los cuidados tutelares de un padre y una madre son de un orden tan elevado y tan sublime, son tan cordiales, tan desinteresados, tan constantes, que en nada se asemejan á los demás actos de amor y benevolencia que nos ofrece el corazón del hombre, y solo podemos considerarlos como una emanacion de aquellos con que la Providencia protege y conserva á todos los mortales.

Cuando pensamos en el amor de una madre, en vano buscamos palabras con que pintar dignamente este afecto incomparable, de extension infinita, de intensidad inexplicable, de inspiracion divina; y tenemos que remon-

tarnos en alas del mas puro entusiasmo hasta encontrar á MARÍA al pié de la cruz, ofreciendo en medio de aquella sangrienta escena el cuadro mas patético y mas perfecto del amor maternal. ¡Sí: allí está representado este sentimiento como él es; allí está divinizado, y allí está consagrado el primero de los títulos que hacen de la muger un objeto tan digno y que le dan tanto derecho á la consideracion del hombre!

El amor y los sacrificios de una madre comienza desde que nos lleva en su seno. ¡Cuántos son entonces sus padecimientos físicos, cuántas sus privaciones por conservar la vida del hijo que la naturaleza ha identificado con su propio sér, y á quien ya ama con extremo antes que sus ojos le hayan visto! ¡Cuánto cuidado en sus alimentos, cuánta solicitud y esmero en todos los actos de su existencia física y moral, por fundar desde entonces á su querida prole una salud robusta y sana, una vida sin dolores! El padre cuida de su esposa con mas ternura que nunca, vive preocupado de los peligros que la rodean, la acompaña en sus privaciones, la consuela en sus sufrimientos, y se entrega con ella á velar por el dulce fruto de su amor. Y en medio de la inquietud y de las gratas ilusiones que presenta este cuadro de temor y esperanza, es mas que nunca digno de notarse cuán ajenos son de un padre y de una madre los frios y odiosos cálculos del egoismo. Si el hijo que esperan se encuentra tan distante de la edad en que puede serles útil; si para llegar á ella les ha de costar tantas zozobras, tantas lágrimas y tantos sacrificios; si una temprana muerte puede, en fin, llegar á arrebatarlo á su cariño, haciendo infructuosos todos sus cuidados é ilusorias todas sus esperanzas, ¿qué habrá que no sea noble y sublime en esa ternura con que ya le aman y se preparan á colmarle de caricias y beneficios? Nada mas interesante, nada mas bello, y ninguna prueba mas brillante de que el amor de los padres es el afecto mas puro que puede albergarse en el corazón humano.

Nace el hijo, á costa de crueles sufrimientos, y su primera señal de vida es un gemido, ¡como si el destino asistiera allí á recibirle en sus brazos, y á imprimir en su frente el sello del dolor que ha de acompañarle en su peregrinacion desde la cuna al sepulcro! Los padres le rodean desde luego, le saludan con el ósculo de bendicion, le prodigan sus caricias, protegen su debilidad é inocencia; y allí comienza esa série de cuidados exquisitos, de contemplaciones, condescendencias y sacrificios, que triunfan de todos los obstáculos, de todas las vicisitudes, y aun de la misma ingratitud, y que no terminan sino con la muerte.

Nuestros primeros años quitan á nuestros padres toda su tranquilidad, y los privan á cada paso de los goces y comodidades de la vida social. Durante aquel período de nuestra infancia, en que la naturaleza nos niega la capacidad de atender por nosotros mismos á nuestras necesidades, y en que, demasiado débiles é impresionables nuestros órganos, cualquier ligero accidente puede alterar nuestra salud, y aun comprometerla para siempre, sus afectuosos y constantes desvelos suplen nuestra impotencia y nos defienden de los peligros que por todas partes nos rodean. ¡Cuántas inquietudes, cuántas alarmas, cuántas lágrimas no les cuestan nuestras dolencias! ¡Cuánta vigilancia no tienen que oponer á nuestra imprevisión! ¡Cuán inagotable no debe ser su paciencia para cuidar de nosotros y procurar nuestro bien, en lucha abierta siempre con la absoluta ignorancia y la voluntad caprichosa y turbulenta de los primeros años! ¡Cuánto amor, en fin, para haber de conducirnos, por entre tantos riesgos y dificultades, hasta la edad en que principia á ayudarles nuestra inteligencia!

Apenas descubren en nosotros un destello de razon, se apresuran á dar principio á la árdua é importante tarea de nuestra educacion moral é intelectual; y ellos son los que imprimen en nuestra alma las primeras ideas que nos sirven de base para todos los conociemien-

tos ulteriores, y de norte para emprender el espinoso camino de la vida.

Su primer cuidado es enseñarnos á conocer á Dios. ¡Qué sublime, qué augusta, qué sagrada aparece entonces la mision de un padre y de una madre! ¡El corazon rebosa de gratitud y de ternura, al considerar que fueron ellos los primeros que nos hicieron formar idea de ese Sér infinitamente bueno, sábio, poderoso, ante el cual se prosterna el universo entero, y nos enseñaron á amarle, á adorarle y á pronunciar sus alabanzas! Despues que nos hacen saber que somos criaturas de ese Sér imponderable, ennobleciéndonos así ante nuestros propios ojos y santificando nuestro espíritu, no cesan de proporcionarnos conocimientos útiles de todo género, con los cuales vamos haciendo el ensayo de la vida y preparándonos para concurrir al total desarrollo de nuestras facultades.

En el laudable y generoso empeño de enriquecer nuestro corazon de virtudes, y nuestro entendimiento de ideas útiles á nosotros mismos y á nuestros semejantes, no omiten esfuerzo alguno para proporcionarnos la enseñanza. Por muy escasa que sea su fortuna, aun cuando se vean condenados á un recio trabajo personal para ganar el sustento, siempre hacen los gastos indispensables para presentarnos en los establecimientos de educacion, proveernos de libros y pagar nuestros maestros. ¡Y cuántas veces vemos á estos mismos padres someterse gustosos á toda especie de privaciones, para impedir que se interrumpa el curso de nuestros estudios!

Terminada nuestra educacion, y formados ya nosotros á costa de tantos desvelos y sacrificios, no por eso nuestros padres nos abandonan á nuestras propias fuerzas. Su sombra protectora y benéfica nos cubre toda la vida, y sus cuidados, como ya hemos dicho, no se acaban sino con la muerte. Si durante nuestra infancia, nuestra niñez y nuestra juventud, trabajaron asiduamente para alimentarnos, vestirnos, educarnos y facilitarnos toda especie de goces inocentes, no se desprenden en

nuestra edad madura de la dulce tarea de hacernos bien; recibiendo, por el contrario, un placer exquisito en continuar prodigándonos sus beneficios, por mas que nuestros elementos personales, que ellos mismos fundaron, nos proporcionen ya los medios de proveer á nuestras necesidades.

Nuestros padres son al mismo tiempo nuestros primeros y mas sinceros amigos, nuestros naturales consultores, nuestros leales confidentes. El egoismo, la envidia, la hipocresía, y todas las demás pasiones tributarias del interés personal, están excluidas de sus relaciones con nosotros; así es, que nos ofrecen los frutos de su experiencia y de sus luces, sin reservarnos nada, y sin que podamos jamás recelar que sus consejos vengán envenenados por la perfidia ó el engaño. Las lecciones que han recibido en la escuela de la vida, los descubrimientos que han hecho en las ciencias y en las artes, los secretos útiles que poseen, todo es para nosotros, todo nos lo transmiten, todo lo destinan siempre á la obra predilecta de nuestra felicidad. Y si los vemos aun en edad avanzada trabajar con actividad y ahinco en la conservacion y adelanto de sus propiedades, fácil es comprender que nada los mueve menos que el provecho que puedan obtener en favor de una vida que ya van á abandonar: ¡sus hijos!.... sí, el porvenir de sus queridos hijos, he aquí su generoso móvil, he aquí el estímulo que les dá fuerzas en la misma ancianidad.

Si, pues, són tantos y de tan elevada esfera los beneficios que recibimos de nuestros padres; si su mision es tan sublime y su amor tan grande, ¿cuál será la extension de nuestros deberes para con ellos? ¡Desgraciado del que no la haya medido ya con la noble y segura escala de la gratitud, al llegar al desarrollo de su razon! Porque á la verdad, el que no ha podido comprender para entonces todo lo que debe á sus padres, tampoco habrá comprendido lo que debe á Dios; y para las almas ruines é ingratas no hay felicidad posible en esta vida ni en la otra.

J. T. L.

LA ENSEÑANZA DEL DIBUJO.

Entre las ocupaciones que pueden fijar la atencion como medio de recreo y á la vez de educacion, la mas interesante, la mas practicable y la mas útil quizá es el arte del dibujo. Sin hablar de las profesiones artísticas á que este sirve de base, podemos decir que es un elemento esencial de la fabricacion de artículos de fantasía y de moda, cuyo mérito principal depende de la belleza de los dibujos. ¿Quién no ha experimentado alguna vez la necesidad de comunicar á un operario ideas que el lenguaje oral no puede dar á conocer, y que algunas líneas ó rasgos de lápiz expresarían clara y completamente?

Como elemento de educacion, el dibujo no es menos importante; pues dá precision al golpe de vista, libertad y firmeza á la mano; desarrolla todas las facultades intelectuales: la *atencion* y la *percepcion*, por medio del cuidado extremo y la observacion minuciosa que reclama la fiel imitacion de un modelo; la *memoria* y la *reflexion*, por la reproduccion, ayudada de los recuerdos de un objeto ó de un modelo precedentemente estudiado ó bosquejado; la *comparacion* y el *juicio*, por la representacion, en diferentes escalas, de un mismo objeto, y por la expresion de la perspectiva en bosquejos del natural; la *imaginacion* y la *inventiva*, por modificaciones producidas en un asunto dado, ó por la adiccion de detalles accesorios; en fin, el *discernimiento* y el *gusto*, por el exámen de las formas, de las proporciones, de la posicion relativa de las partes; en una palabra, de todo lo que constituye la gracia y la belleza.

El dibujo ejercita las facultades de la inteligencia mas eficazmente que todas las demás artes; y sin embargo, ¡qué pocos padres hacen que lo aprendan sus hijos con la mira de que les sirva para su desarrollo intelectual!

Ejercitando el ojo en la percepcion de las formas, y la mano en imitarlas, el dibujo conduce al mejor éxito en la enseñanza de la escritura: el que sabe dibujar puede trazar bien las letras. El dibujo ayuda al estudio de la Geografía, de la Geometría, de la Botánica y de otros ramos de conocimientos que requieren ser ilustrados y explicados por medio de representaciones gráficas; además, ofrece mucho recreo en la práctica; es un manantial de placeres inocentes; por su medio conseguimos conservar la memoria de los objetos que nos han dejado impresiones agradables; y

en fin, es uno de los principales elementos de una educacion completa.

Pero la enseñanza del dibujo no llena todo el lugar que le corresponde en la educacion, si no es racional. La obra de la ciencia consiste en coordinar las experiencias de los hombres y combinar los resultados de sus reflexiones é investigaciones para formar sistemas; pero el que aprende debe estudiar como si estos sistemas no existiesen. Para que la inteligencia se desarrolle, no le basta apropiarse de una manera pasiva lo que existe; es necesario tambien que haga sus esfuerzos para hablar por sí misma. El arte ha llegado á reproducir la naturaleza y sus creaciones en los edificios, en los muebles, en las tapicerías, etc.; mas para concebir la naturaleza en el arte y el arte en la naturaleza, es indispensable aprender como si el arte no existiese.

Para llegar á ser hombre en toda la extension de la palabra, es necesario que el hombre sin saber y sin experiencia siga en general una via racional. En lo que concierne al dibujo, la via racional es la que conduce del *objeto* á la imágen que debe representarlo. No es por consiguiente racional la enseñanza del dibujo, que consiste en que el discípulo trace las diversas formas de que el arte se ha apoderado y que en seguida haga, á lo mas, aplicacion de estas formas á los objetos mismos; es menester, por el contrario, conducirlo á encontrar por sí mismo estas formas, observando atentamente las producciones de la naturaleza ó del arte.

La naturaleza favorece admirablemente el estudio del dibujo, desde la edad mas tierna; en efecto, los niños muestran gran deseo de dibujar los objetos que les son familiares, se complacen en las imitaciones que hablan á su imaginacion, pero todo este interés desaparece, si solo se les dan á dibujar fragmentos ó partes de objetos. Es necesario seguir los consejos de la naturaleza y presentar desde luego al niño formas completas, pero sencillas: en esto, como en todo, el que aprende debe pasar de lo simple á lo compuesto.

Abrazando en conjunto un modelo, ya del natural, ya de una copia, y subordinando los detalles de este primer trabajo, es como el ojo adquiere aptitud para percibir la armonía de las proporciones, y como se consigue una ejecucion rápida y atrevida. Los medios están en relacion con el fin; porque, para componer un cuadro ó una obra literaria, el artista ó el escritor bosqueja primero su asunto y sucesivamente vá disponiendo todos los detalles hasta dar la última

mano al conjunto. Necesario es no perder de vista que uno de los fines que se desea conseguir es la reproduccion del natural, y para ello es menester imitar desde luego los objetos bajo sus diferentes aspectos; así se habituara el ojo á juzgar de las formas y de las proporciones, como tambien de los efectos de luz y sombra, mucho mejor que contemplando la superficie plana de una copia; pero como es útil estudiar de qué manera han representado los artistas estos objetos, se debe dibujar ya del natural, ya de las copias.

El método que generalmente se sigue en la enseñanza del dibujo no es racional. Aplícase desde luego al rostro humano, y vemos á los pobres discípulos esforzándose en copiar ojos, bocas y narices, sin saber lo que hacen y sin otro resultado que rasgos informes. Una nariz aislada del rostro no es nada, y reproducirla con lápiz es perder la direccion intelectual de sus actos, es convertirse en una máquina de copiar, cuando precisamente el trabajo intelectual, es lo que interesa sostener á toda costa en el dibujo; para esto convendria que primeramente se diese á copiar un objeto cuyas formas rectas y ángulos acusados fuesen fácilmente reproducidos en el papel.

La enseñanza del dibujo será, pues, racional si los niños llegan á representar estas formas por medio de líneas sobre la pizarra ó el papel, y á crear por sí mismos formas análogas.

Por consiguiente, el método deberá consistir en ejercitar á los niños:

1.º En el análisis de los productos de la naturaleza y del arte para iniciarlos en los elementos de las formas de los cuerpos.

2.º En la comprension y reproduccion de estas formas.

3.º En la aplicacion de los conocimientos adquiridos á la representacion de los objetos naturales que están al alcance de los niños, ó de los objetos dispuestos para este fin.

4.º En examinar con cuidado los objetos de arte para extimular la atencion y formar el gusto.

5.º En representar libremente las impresiones producidas por este exámen.

6.º En producir formas ó figuras análogas.

No basta que el discípulo antes de empezar su trabajo esté en disposicion de decir *lo que debe hacer*; es necesario que sepa tambien *de qué modo* conseguirá el fin: debe estar en estado de explicarse con precision sobre uno y otro punto.

Tal es, en términos generales, el método que debe

seguirse para que la enseñanza del dibujo produzca excelentes efectos en el cultivo de las facultades morales, intelectuales y estéticas, pues así es como despierta el sentimiento instintivo, fortifica la atención, ejercita la perspicacia, enriquece y excita la imaginación, inspira el sentimiento de lo bello, forma el gusto y engendra el amor al orden.

T.

ÚLTIMAS PÁGINAS

DE LAS MEMORIAS DE UNA MADRE DE FAMILIA.

Soy vieja, y mi mano trémula apenas puede trazar estas líneas. Detrás de mí quedan ochenta y cuatro años: delante, contemplo una eternidad; y cada vez que me ocurre mirarme estos dedos flacos y secos, ó considerar al espejo mi rostro ajado y rugoso, pienso que la prision de barro en que mi alma se encierra cae arruinada, y que muy en breve atravesaré el terrible paso que separa esta vida de la eterna, este mundo del otro.

¡Oh! ¡Qué multitud de pensamientos asalta á mi espíritu cuando repaso mi vida, tan larga, si por el tiempo la mido, tan breve, si la comparo con la eternidad!

¡*Soy vieja*, sí! Mas, ¿qué idea, qué juicio formo ahora de lo que tanto ocupa al hombre, del problema de la vida? ¿Qué opinion tengo ahora sobre el servicio de Dios y el servicio del mundo? ¡Ah! Si algunas nubes hubiesen oscurecido en mi alma (lo que, á Dios gracias, nunca ha sucedido) mi fé cristiana, ¿cómo se habrían disipado! La proximidad de la muerte arroja una luz terrible sobre todo este mundo terrestre, sin dejar en la sombra el mas pequeño pliegue. ¡Qué dichosos serian los mortales si supiesen al principio lo que no verán claro hasta el fin, cuando todo se les vá de las manos, cuando la vanidad de las cosas se descubre por su misma desaparicion y por el abandono en que nos dejan!

Ciertamente que es difícil no amar mucho, no estimar demasiado un objeto, al que sacrificamos nuestras penas, nuestros trabajos, y á veces hasta el alma, y que luego nos abandona en el momento en que tendríamos mas necesidad de él, de su apoyo, en el momento en que las enfermedades, la vejez y la impotencia nos cercan por todas partes; pero, ¿quién prevee esto? La Sabiduría eterna únicamente, que nos dice: *Vanidad de vanidades, todo es vanidad*.

La juventud no conviene en ello, porque todo la sonríe; porque la vida, el porvenir se estiende ante sus ojos como una perspectiva infinita, y porque no puede persuadirse de que es preciso morir; pero el anciano... ¡oh! el anciano vé clara y distintamente la verdad de aquella máxima: todo se la hace patente, así interior como exte-

riormente, clavándosele en su carne como un agudo puñal. Y entonces se pregunta: ¿de qué me sirven los placeres que he gozado, de qué los honores tan afanosamente adquiridos, de qué las riquezas que con tanto trabajo he llegado tal vez á reunir? A lo cual la conciencia contesta en voz baja: De nada, *vanidad de vanidades, todo es vanidad*... menos amar á Dios y servirle.

¡*Soy vieja*! Y cuando recorro con la vista del alma el camino que he andado, me siento penetrada del mas vivo reconocimiento hácia Dios, que me hizo nacer en la humilde clase de los labradores: conozco que en otra posición mas elevada hubiera corrido gran peligro de perderme; el orgullo satisfecho hubiera secado mi alma y destruido quizá mi fé cristiana, esta fé bendita que ha hecho la felicidad de toda mi vida y que hoy es mi único consuelo. Colocada en posición mas baja que la mia, es decir, entre la clase jornalera, hubiera hallado otros peligros, seducciones pérfidas, á las que tal vez no hubiera resistido mi impetuosa naturaleza. Pero bendigo sobre todo al Señor por haberme hecho nacer de tan buenos padres; porque esta es la gran gracia, la gracia de las gracias, aquella á que todas las demás deben referirse, por ser de ellas fuente y origen: feliz, mil veces feliz el niño que nace de padres sólidamente virtuosos y verdaderamente cristianos, pues debe esperarse que algun dia será del número de los elegidos.

¡*Soy vieja*! Y voy á deciros cuál es el pensamiento que me alienta á la consideracion del juicio que pronto voy á sufrir: es que he procurado siempre, en cuanto he podido, llenar los deberes de esposa y madre de familia. Sí: yo he criado á mis hijos en el santo temor de Dios, y he hecho todo lo posible por alejarlos de los peligros, por apartarlos de malas compañías, por hacerlos buenos y fieles cristianos: sin duda no he conseguido hacer de ellos héroes de la fé; pero los he inculcado el sentimiento de sus deberes, el valor de sus creencias y la regularidad de sus prácticas religiosas con la frecuentacion de los Sacramentos: he sostenido sobre ellos mi autoridad hasta ahora, y el cielo sabe que no he usado de ella sino en interés de la gloria divina. Padres y madres, ¡si supiéseis cuán dulce es este testimonio de la conciencia! ¡Cómo debe oprimir el alma, por el contrario, el recuerdo de la negligencia, del abandono en cumplir aquellos deberes maternos, que son los mas graves, los mas difíciles y los mas importantes tambien! ¡Oh! Comprendo que semejante remordimiento debe ser para el anciano que se siente próximo á comparecer ante su juez Supremo, una pena amarguísima, una especie de anticipacion del infierno. ¡Bendito mil veces el Señor, que me ha dado fuerzas para librarme de tal desgracia!

¡*Soy vieja*! Y ¿puedo decir, Dios mio, que vea llegar sin temor el dia de mi emplazamiento ante vuestro Tribunal? ¡Ay! Nó, nó: mi vida tiene manchas, sin duda al-

guna, pues ningun mortal puede vanagloriarse de parecer limpio ante vos; y yo no estoy ciertamente sin temor: mi orgullo no llega hasta persuadirme de que puedo contemplar sin estremecimiento un tránsito que hacia temblar en su lecho de ceniza á un Hilarion, á un Gerónimo. He pecado, sí, he pecado; he cometido faltas, he tenido debilidades, y mi nombre tiene lunares que lo afean, y mi vida vacíos que me acusan: á la luz de la eternidad, que ya vislumbro, veo mejor mis faltas y mis defectos, causas de mi conducta. Esto es el despertar de la aurora, que disipa las oscuridades de la noche.

¡Oh! Dios mio, tales consideraciones me harían perder totalmente el valor, si me apresurase á levantar mis ojos hácia vos: no entreis, no, á juicio con esta vuestra humilde criatura, porque no podría soportar una sola de vuestras miradas. Vos, que sabéis de cuántas debilidades está lleno el corazon humano, y sobre todo el corazon de la muger, os acordareis solo de vuestra misericordia, y os olvidareis de vuestra justicia. Y si no podeis desprenderos de este atributo que forma parte de vuestra esencia y de vuestra gloria, entonces, Señor y Dios mio, no me queda mas recurso que ampararme bajo méritos altísimos, bajo una proteccion que vos no podeis rechazar: os mostraré la cruz de Jesucristo, el Salvador de nuestras almas, mi bienhechor particular, y, me atreveré á decirlo, mi esposo y amigo. Ha hecho tanto por mí durante mi vida, que no me abandonará en la hora de mi muerte. Os presentaré tambien los méritos de la gloriosa Virgen María, de esa incomparable criatura, en quien nos habeis ofrecido el modelo perfecto de la muger, puesto que habeis querido que ella sola gozase de la triple dignidad de vírgen, esposa y madre, sin que ninguno de estos títulos quitase á los otros nada de su brillo: acordaos de que siempre la respeté y tuve por *inmaculada*, aun antes de que el oráculo infalible de vuestra Iglesia la hubiese reconocido ese privilegio. Siempre ha sido mi madre, siempre ha sido ella la confidenta de mis penas; y ni una sola vez he dejado de llevar á mis hijos recién nacidos ante su altar, para ofrecérselos muy particularmente, como nunca la Señora ha dejado de darme pruebas de su amor y proteccion maternal.

Protegida bajo tan santos auspicios, seré invulnerable á los rayos de vuestra justa cólera. Acordaos, Dios mio, de que, á pesar de mis faltas y flaquezas, he tenido constantemente puesto en vos mi corazon; y acordaos tambien de que, como madre, he hecho todo lo que he podido para que mis hijos fuesen virtuosos y buenos cristianos, con la esperanza de que ellos sean un día mi corona. ¡Oh! ¡Que estas dulces esperanzas se realicen! ¡Que todos mis hijos se reúnan en torno mio cuando vuestra misericordia tenga á bien llamarme á ocupar un sitio en los tabernáculos eternos!

C. A. DE L.

JULIA.

(Continuacion.)

VI.

Santander es una ciudad de veinte y cuatro mil almas, esencialmente mercantil, donde se practica al pié de la letra, y con un rigorismo absoluto, el evangélico proverbio de, *cada uno en su casa y Dios en la de todos*.

Verdad es que esto mismo sucede en casi todas las capitales de provincia de España; pero en ninguna parte como en la perla del mar Cantábrico.

En las calles de Santander reina la calma de los cementerios; en sus paseos crece la yerba de igual modo que en los risueños prados de los pintorescos valles que la circundan.

La vida de la poblacion está reconcentrada en el muelle; fuera de este punto, la tranquilidad y el silencio son inalterables.

Levantarse á las ocho de la mañana, tomar á las nueve la obligada jicara de chocolate, ir á la oficina ó al escritorio, estirar un rato las piernas á eso de las doce por la Plaza Vieja, comer á la una de la tarde, pasar un par de horas en el Suizo entre la taza de café, la política y el cigarro, dar un paseo filosófico por el Alta ó Peñacastillo y meterse á las siete en la concha para no salir hasta el siguiente día, he aquí las ocupaciones del sexo barbudo santanderino.

En cuanto á las mujeres, no tienen mas recurso que el mirador, la *tijera*, la iglesia y la conversacion de la peinadora.

Estos ligeros detalles bastan para que mis lectoras comprendan lo divertidísimo que debe ser la vida en la capital de la Montaña.

Las horas se deslizan allí entre bostezo y bostezo, y si la murmuracion no descendiera al seno de las familias como un rocío bienhechor para animar un poco los diálogos caseros, todo el mundo se moriría de aburrimiento antes de llegar á los veinte y cinco años.

Felizmente, la ciencia de *roer los huesos del vecino* y de penetrar con vista de lince hasta el fondo de los mas recónditos misterios del hogar del prójimo, se halla en Santander muy desarrollada, á pesar del aislamiento individual, y el ejercicio de esta virtud negativa ahuyenta un poco el hastío y hace mas llevadera la existencia.

Santander cuenta además con otro recurso.

Tiene un teatro que fué construido por acciones en 1842, si la memoria no nos es infiel, y que es sin duda alguna el mas desgraciado de cuantos hay en la península Ibérica.

Su prosperidad raya á tal altura, que los accionistas esperan todavía el primer dividendo.

El teatro de Santander es el terror de los empresarios y el paraíso de las polillas.

El terror de los primeros, porque muchas veces tienen que suspender las funciones.... *por indisposición del público.*

El paraíso de las segundas, porque rara vez se mete con ellas el plumero de la acomodadora, en razón á que el vacío permanente de las localidades hace de todo punto inútil la limpieza del polvo.

Este fenómeno se explica fácilmente; el comercio y el arte dramático se hallaron siempre en abierta oposición; Talía y Mercurio nunca hicieron buenas migas.

Sin embargo, el teatro santanderino sacude algunas veces su letargo habitual, abre sus puertas llenas de telarañas y los brazos de sus lunetas forradas de taflete á una docena de jóvenes, y presenta sobre su palco escénico una compañía de cómicos, debida al valor y á los heroicos esfuerzos de algun caritativo empresario.

Esto precisamente sucedía en la época de nuestra historia.

La población estaba, pues, de enhorabuena.

Hacia una semana que habian empezado las funciones, y por una rareza inexplicable, el abono cubria los gastos.

Este inusitado favor del público era la admiración del empresario, y un enigma que en vano trataban de resolver los susodichos doce jóvenes, los cuales habian pasado en otras temporadas largas é interminables horas buscando con los gemelos en el fondo de los desiertos palcos un alma viviente con quien poder hablar cuando los actores no estaban en escena.

Mis lectoras tendrán la bondad de acompañarme por un momento al vestuario del teatro santanderino. Con eso penetrarán, acaso por primera vez en su vida, en algunos misterios de bastidores.

La entrada no es muy decente, que digamos, y el pasadizo que conduce al escenario es húmedo y oscuro, y tiene apenas una vara de anchura.

¡Pero no importa! por él entra y sale todos los días la primera dama, cuyo miriñaque no cede en volumen al que llevan ustedes. Todo consiste en alzarse un poco el vestido y en oprimir los aros de la falda en sentido lateral.

Hémos, pues, sobre el escenario.

El apuntador prepara su concha y enciende sus velas, y el *correvedile* de los actores coloca cerca de las candilejas la butaca directorial.

Esto indica que vá á empezar uno de los tres ó cuatro ensayos que tienen al día los infelices cóminos de provincias.

¡Un ensayo! ¡fatal palabra que resuena en los oídos de los actores de igual modo que resonará en la conciencia de los criminales el clarín del juicio final!

—¡Dios mío, qué cosa mas fea y mas repugnante es un teatro visto por dentro!

—¡Si esto es una pocilga!

—¡Y un calabozo!

—¿Quién es la infeliz muger que tiene valor de pasar la mitad del día y la mitad de la noche en este corral de vacas?

—¡Y tan bonito como parece desde fuera!

—¡Qué decoraciones tan sucias y tan rotas! ¡si parecen desde aquí pedazos de lienzo manchados de fango!

—¡Pobres cómicos! ¡no sé cómo pueden acostumbrarse á respirar esta atmósfera!

—¡A mí se me ha caído el alma á los piés!

—Y á mí....

—Dispensen ustedes, hijas mías, que las interrumpa: el ensayo vá á empezar, y aquí estamos estorbando. Además, nos hallamos expuestas á que se nos venga encima alguna bambalina. Siento haberlas hecho perder una ilusión, pero hay en la compañía un personaje que nos importa conocer, y he querido presentársele á ustedes en su verdadero terreno.

Esta visita interior, por mas que las haya ocasionado un triste desengaño, las enseñará á apreciar toda la razón que tuvo el primero que dijo aquello *del mundo comedia es....*

El teatro y el mundo son dos cosas muy bonitas.... vistos desde los palcos; pero entre bastidores.... ¡ya ven ustedes cuánta miseria y cuantísima tizne!

Subamos, queridas lectoras, esa escalera de tablas, montada al aire como los diamantes de gran precio, y detengámonos algunos minutos á la puerta de la habitación que está enfrente del descanso. Es el cuarto del segundo galán joven de la compañía.

Eliseo Varcárcel, porque así se llama para servir á ustedes, tiene veinte y cuatro años, una melena que envidiaría el rey del desierto, una barba como la de un cosaco, una nariz que el inmoderado uso de los lentes ha hecho aguileña, y una fisonomía en ángulo agudo, cuya longitud es por lo menos el doble de su anchura.

Pero ¿á qué hacerles á ustedes su retrato? No hay mas que entreabrir un poco la puerta y..... ¡ecce homo!

Eliseo es el que ocupa el centro de ese canapé de cojines forrados en pereal.

A su derecha está el *gracioso*, á su izquierda el *barba*, y enfrente, en la única silla que hay disponible en el cuarto, el *guardarropa* de la compañía.

No vayan ustedes á creer que el *guardarropa* es un mueble como su nombre parece indicarlo. El *guardarropa* es un personaje á cuyo cargo está el arsenal y el ves-

uario de los actores que aun no ganan bastante para tener armas y vestidos propios.

No hagan ustedes ningun movimiento, que la conversacion parece muy animada, y nos importa no perder ni una sílaba.

—Pues como lo oyes, Eliseo, el director dice que si no te cortas el pelo y te pones la cara monda y lironda como un calabacin, vá á descontarte un cuarteron.

—¡Primero rompo la escritura!

—Y el maldito se funda en que nuestra cabeza y nuestra cara pertenecen al público.

—¡Enhorabuena! pero á mí no me acomoda abdicar los legítimos derechos que la naturaleza me ha concedido sobre ambas cosas.

—¿Y si la conservacion de esos derechos redunda en perjuicio de tu estómago? ¡Mira que ese *comiquero* es capaz de jugarte una mala pasada!

—¡Cuando digo á ustedes que primero rompo la escritura!

—Harias un disparate, porque ahora es muy difícil encontrar *ajuste*.

—Y ¿qué me importa? ¡dentro de poco tal vez mande al teatro noramala!

—¿Vas á heredar, chico?... ¿se te ha muerto algun tio en Indias?

—¡Nó!

—¿Has sacado á la lotería?

—¡No juego nunca!

—¿Te han nombrado presupuestivoro?

—¡Tampoco!

—¿Vas á tomar de nuevo la aguja y el dedal de sastre?

—¡Quita allá!... cuando se ha hecho el capitan Gil Perez, no desciende uno á esos oficios mecánicos!

—Entonces, ¿de dónde mil diablos vas á sacar el pan nuestro, hijo mio? pregunta el *barba*. ¿Has encontrado alguna mina?

—Precisamente. ¡Vey á explotar.... mis melenas!

Los tres compañeros de Valcárcel lanzan una carcajada.

—Y por eso no quiero cortármelas, aunque se empeñen todos los directores del mundo.

—¡Chico, si no tienes otra cosa mas *utilizable* en que fundar tus esperanzas, ya puedes empezar á raparte como un quinto! repone el *guardarropa*.

—¿Y vas á explotar esa mina por acciones? Pues no te arriendo la ganancia; en Santander no hay mas que dos peluqueros.

—Rian ustedes cuanto quieran; pero lo repito y muy formal: hoy *cifro mi porvenir en mis cabellos*....

—¡Diablo! ¿sabes que eso pica en historia?

—En historia, que les contaria á ustedes si no fueran unos habladores y si no temiera que me echasen á perder el negocio.

—Cuéntala, que no saldrá de estas cuatro paredes.

—¡Palabra de caballero!...

—¡A fé de primer actor del género cómico!

—Pues atencion.... ¡y cuidado con las indiscreciones, porque la cosa es muy seria!

—¡Sigue, con mil diablos! entre compañeros no hay que andar con tanto misterio.

—Mis melenas.... ¡han dado flechazo!

—¡Calla!... ¿á quién?

—¿A la damita jóven?

—¿A la bolera que llegó ayer?

Valcárcel hace un mohin de soberano desprecio.

—¿A esos dos.... artículos? añade. ¡A buena cosa!...

¡Nó! ¡á una rubia del mas elevado copete!

—¿Guapa?

—¡Como un ángel!

—¿Rica?

—¡Millonaria!

—¿De aquí?

—¡De aquí!

—¡Báh! ¡no vengas á comulgarnos con ruedas de molino!

—¡Farsa!

—¡Comedia!

—Señores, repito con toda la formalidad que me caracteriza, que es jóven, guapa, millonaria y *explo-table*.

—¡Pero demonio! ¡si tú eres mas feo que mandado hacer de encargo!

—Gracias por la adulacion.

—¡Y con esa facha!

—¡Pues bien! esta facha es justamente la que mas alto habla en mi favor cerca de esa lindísima criaturita. Oigan ustedes y juzguen.

Hace tres ó cuatro dias, me hallaba yo en el Suizo á la caída de la tarde, entretenido en fumar un cigarro y en mirar á través de la vidriera la gente que paseaba por el muelle.

En la mesa contigua á la que yo ocupaba habia dos señores, que, á juzgar por las quiebras, las fábricas de harina, los buques, los alijos y los cargamentos que traian á vueltas en su conversacion, debian ser comerciantes.

Segun ustedes podrán comprender, sus palabras resonaban en mis oidos como un rumor confuso, porque maldito lo que me interesan las elucubraciones mercantiles.

Pero de pronto, uno de ellos cambió el rumbo del diálogo con esta exclamacion:

—¡Ahí vá la Julita!

—¡Y el angelito no lleva lujo! repuso el otro.

Volvi la cabeza, y ví á una jóven rubia, de ojos azules, que atravesaba por delante de la capitanía del puer-

to, cogida del brazo de un hombre ya de edad, que por su facha parecia un lacayo.

Mis vecinos de mesa continuaron:

—¡Esa muchacha concluirá por arruinar á su padre!

—¡Como no sea mas que eso!... pero la culpa no es de ella.

—¡Es mucho don Crisanto! ¡parece mentira que un hombre de su juicio sea el juguete de los antojos de esa mocosa!

—¿Qué quiere usted? ¡debilidades de padre!

—¡Qué debilidades ni qué niño muerto! yo tengo hijos y sé lo que es quererlos y darles educacion. Esas son locuras que no se comprenden, tratándose de un hombre tan mezquino como Ortega. El otro día dejó de hacer conmigo un negocio de mil cajas de azúcar por un miserable corretaje que no llegaba á doscientos reales, y acto continuo encargó á París un nuevo piano de quince mil francos para su niña, porque á la rapazuela no le gustaban las voces del que tenia en casa.

—¡Un piano de quince mil francos!... ¡Vamos, es preciso estar loco!

—¡Pues en cambio, repare usted su sombrero.... dá asco verle!

—Dicen que la niña es un modelo de habilidades, y que tiene sus puntas de literata.

—¡Como que no hace otra cosa en todo el día mas que leer y cantar!

—Y tirar á la pistola.

—¡Hombre, no diga usted disparates! ¡hasta ahí podían llegar las bromas!

—Pues qué, ¿no lo sabia usted?... ¡como lo oye! ¡no hay cosa mas pública en todo el pueblo!

—¡Ángelito! ¿por qué no la pone su padre en el colegio de cadetes?

—Lo que debia hacer su padre era casarla, para dar fin á todas esas ridiculeces.

—¿Casarla dice usted?... ¿y con quien?... ¡Pues buena es la niña para que nadie solicite su mano! ¿Sabe usted lo que sucedió el año pasado al hijo de don Paulino?

—Sí, creo haber oido hablar algo de eso. Parece que el pobre muchacho anduvo en pretensiones, y que recibió unas soberanas calabazas.

—¡Pero de qué manera! Usted conoce á Rafael: en la poblacion no hay un jóven ni mas rico ni mas guapo, ni mas inteligente en el comercio; como que desde que tuvo uso de razon empezó á trabajar en el escritorio al lado de don Paulino. Pues bien; la Julia, sin reparar que tiraba la piedra al tejado de su mismo padre, le contestó.... ¡áturdase usted! «¡que no se casaria con ningun harinero, porque este nombre le parecia muy prosaico!»

—¡Por Dios, hombre! ¡esos serán cuentos de comadres!

—¿Cómo cuentos? ¡no, señor! ¡el mismo don Paulino me ha enseñado la carta!

—Pues entonces, ¿qué es lo que piensa hacer la niña?... ¿quedarse para vestir santos?

—Segun ha dicho á mi hija, prefiere un artista, un hombre de talento, aunque sea pobre, á uno de esos *almaceneros del muelle*, como ella nos llama.... ¡Es una imaginacion completamente desordenada la de la tal Julia!

—He ahí una cosa con la que me parece que no estará muy conforme don Crisanto.

—Nó, lo que es en cuanto á eso, yo le aseguro á usted que no la complace. Primero la deja soltera toda su vida que tener por yerno á un pelagatos sin un real.

—Entonces, buenas pesadumbres esperan al infeliz.

—El se tiene la culpa: no hará sino recoger el fruto de sus debilidades.

—¡Pobre hombre!

—¿Pobre?... yo no le compadezco.

—Hace usted mal. La necedad tambien es digna de compasion.

Al llegar aquí, mis vecinos se levantaron y salieron del café.

Yo permanecí tras la vidriera, y al poco rato volvíeron á pasar la rubia y el señor con trazas de lacayo, que, segun la critica de los zoilos, debia ser su padre.

La conversacion que acababa de oír me hizo formar las siguientes hipótesis:

Esa muchacha debe tener una imaginacion románticamente fogosa y susceptible de exaltarse hasta el delirio, y debe gustarla todo lo poético y extraordinario.

Mi tipo no tiene nada de clásico ni de vulgar.

Luego es muy posible que yo le guste.

Y gustándole, ¿por qué no he de ser yo el artista y el hombre de talento que ella prefiere?..

—Es decir, que la modestia no entró para nada en tu monólogo, interrumpe el *barba*.

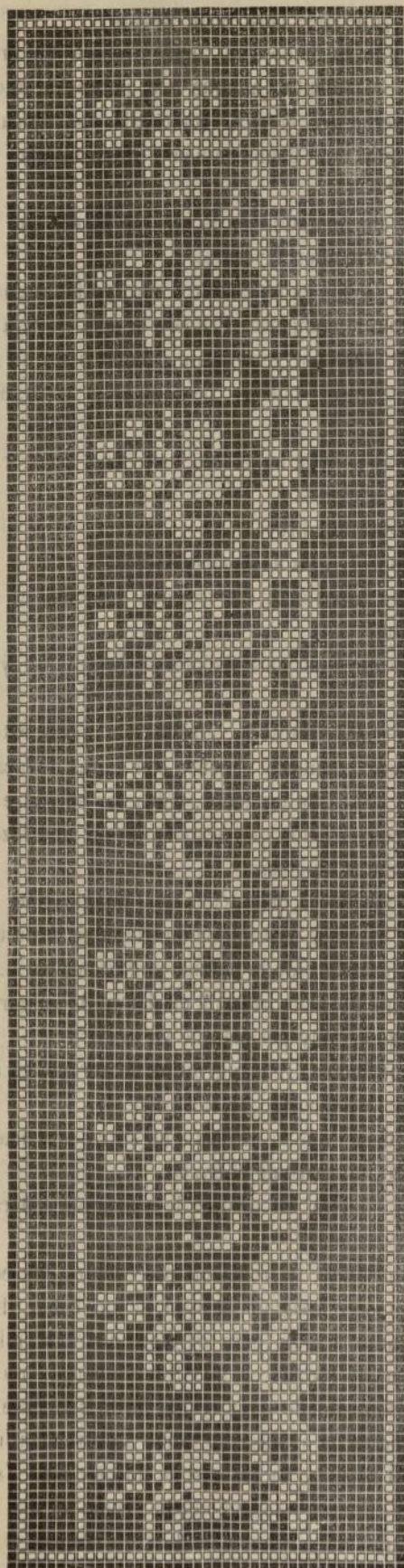
—¡Ni siquiera me acordé de semejante señora!.. Pero déjame continuar.

Apenas hice la reflexión precedente, me eché á la calle y empecé á seguir la pista de mi rubia, hasta ponerme junto á ella; pero iba tan distraida mirando al cielo, que no reparó en mí. Sin embargo, no perdí el tiempo. Supe donde vivia, y á la tarde siguiente me estacioné cerca de su casa, llevando á prevención una epistola en el bolsillo. Ya era casi de noche cuando salió con su padre. Fueron hácia el muelle, como el día anterior, y seguí tras ellos, contemplando á hurtadillas á mi condesa de Santa Marta, que siempre llevaba sus melancólicos ojos azules fijos en las estrellas.

—¿Y tampoco te vió?

—Sí, porque varié de táctica, y en vez de ir á su lado

me puse á atacar al enemigo de frente, disparándole al pasar una primera andanada...



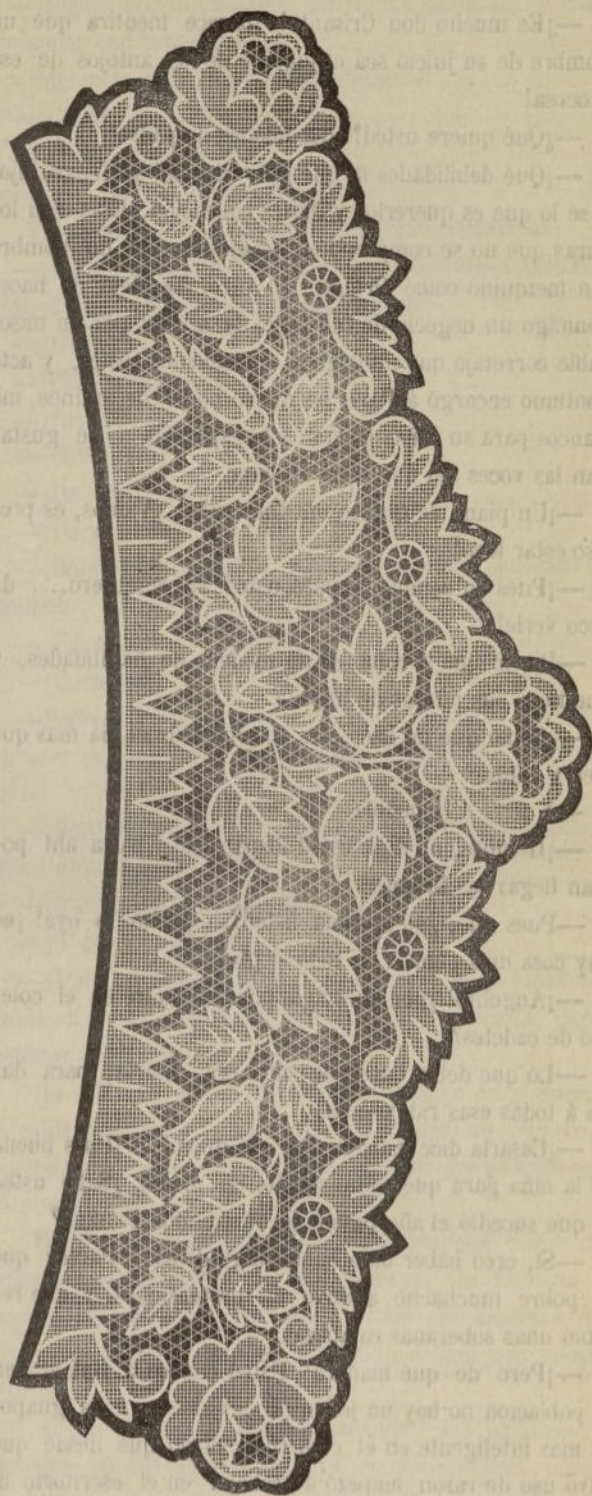
Puntilla de crochet.

—¿De piropos?

—¡Cál! ¡Eso hubiera sido no conocer el terreno! La

osadía es impropia del verdadero amor. Fué una andanada de suspiros que la hicieron volver la cabeza y fijarse en mi cara, que en aquel momento debía parecerse á la de un reo en capilla, según la puse de triste.

A la otra vuelta, sus hermosísimos ojos se detuvieron



Puños de aplicación.

en mis lentes con una expresión que parecían decirme: ¡Te compadezco!

De la compasión al amor, ya saben ustedes que no hay mas que un paso.

—¿Y se le hiciste dar en aquella misma noche?

—No lo sé; pero sus miradas y sus movimientos de cabeza me probaron que *mi fachacha*, como ustedes la llaman, había parecido á mi rubia digna de su romántica atencion.

—¿Y la epístola?

—Quedó en mi bolsillo, porque reflexioné que la prueba no era suficiente para arriesgarse á entrar en escena. Pero el aplazamiento no fué muy largo.

Esta mañana me puse de planton frente á sus miradores...

—¿Y la viste?

—Vi solamente su linda cabecita rubia asomar por entre el cortinaje sobre el hombro de su doncella.

—Y entonces empezaste la seccion telegráfica...

—¡Ni pensarlo!... ¡Ese es el sistema vulgar!.. Permanecí fijo en mi puesto, sin mirar hácia arriba, metí la mano en el bolsillo y saqué la carta, como si maquinalmente sacase un papel cualquiera...

¡Oh, mis cálculos no fallaron!

Cinco minutos despues bajó la criadita á la puerta de la calle y se puso á mirar á los que pasaban, aparentando que esperaba á alguna persona...

Entonces me fuí hácia ella y la dí la misiva.

—¿Y la tomó?

—¡Como que no esperaba otra cosa! ¡En cuanto la tuvo en el bolsillo, le faltó tiempo para subir la escalera!

—¡Chico, eres un héroe! exclama el *gracioso*.

—¡Dame un abrazo!

—¡Mereces una corona de laurel! añade el *barba*.

—¡Y un diploma de profesor de erótica! repone el *guardarropa*.

—¡Salud al nuevo Lovelace!

—¡Gloria al arte dramático!

—¡Paso al primer actor del género romántico!

—¡Poco á poco, señores, que aun no he recibido la respuesta!

—¿Crees que sea favorable?

—Así lo espero.

—Entonces hay que rociarla con Jerez. Yo necesito un par de botellas para ahogar el secreto.

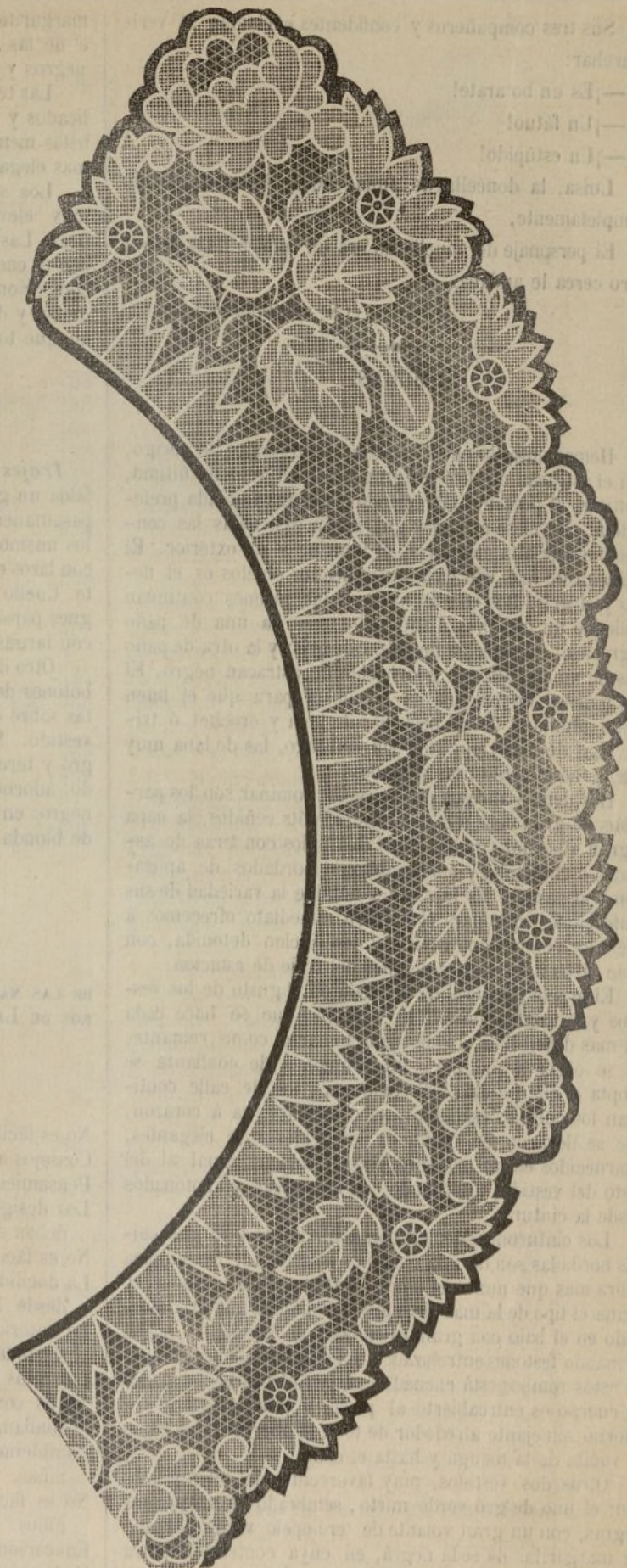
—Y yo tres de Champaña.

—Y yo...

—¡Aunque sean diez, como la cosa marche!

—¡Niños! grita una voz desde el escenario.

—¡Que vamos á empezar! ¡Sale el señor Valcárcel!



Cuello de aplicacion.

Elíseo descende la escalera y desaparece entre bastidores.

Sus tres compañeros y confidentes exclaman al verle marchar:

—¡Es un botarate!

—¡Un fátuo!

—¡Un estúpido!

Luisa, la doncella de Julia, no se había engañado completamente.

El personaje del muelle no era un cómico de la legua, pero cerca le andaba.

(Se continuará.)

MODAS.

Hemos entrado en la estación de los trajes de abrigo, y si el astracán alcanzó un gran favor en el año último, continúa al presente mereciendo el de una fundada preferencia: con él se arman y guarnecen casi todas las confecciones de alta elegancia, al interior y al exterior. El astracán de mas uso para los indicados objetos es el negro y el gris. Dos zuavas, de que las jóvenes continúan haciendo un uso muy distinguido, son: la una de paño negro liso, guarnecida de astracán gris; y la otra de paño gris de mucho abrigo, guarnecida de astracán negro. El uso general de las zuavas no obsta para que el buen gusto admita el de las pelerinas de lana y crochet ó tricót. Las de mas rigor son, sin embargo, las de lana muy fina, generalmente lisas y blancas.

Los demás abrigos que parecen dominar son los pardesús de gran cola redonda, los paletós ceñidos, la capa y gran albornoz, guarnecidos casi todos con tiras de astracán ó chinchilla y adornados con bordados de aplicación ó al pasado. Es tan rica y notable la variedad de sus confecciones, que para el número inmediato ofrecemos á nuestras lectoras una revista y descripción detenida, con la de otros interesantes detalles del traje de estación.

El aspecto general de la moda en el gusto de los vestidos y su confección es tan variado, que se hace cada día mas difícil fijar el que debe tomarse como reinante; así se observa que para las reuniones de confianza se adopta el cuerpo alto, así como para los de calle continúan los cuerpos escotados, ya cuadrados, ya á corazón, que se llevaron en otoño en los trajes mas elegantes, guarnecidos en su abertura con un adorno igual al del resto del vestido, alternando con otros lisos y abotonados desde la cintura.

Los cinturones Médicis con doble punta y largas caidas bordadas son de una elegante actualidad. Se emplea ahora mas que nunca el *moaré antique* para vestidos, y forma el tipo de la mas distinguida elegancia uno gris adornado en el bajo con grandes rombos de terciopelo negro formando festones entrelazados. La extremidad de cada uno de estos rombos está encuadrillada en otro mas pequeño. El cuerpo es entreabierto al pecho y guarnecido de un adorno semejante alrededor de toda la abertura, así como la vuelta de la manga y hasta el codo.

Otros dos vestidos, muy favorecidos del buen gusto, son: el uno de gró verde mirto, sembrado de margaritas negras, con un gran volante de terciopelo verde bordado de margaritas de seda negra, en cuya confección entra una cabeza separada con un entredós de terciopelo bordado. Este vestido lleva dos cuerpos, el uno alto, liso, á dobles puntas; y el otro escotado, con adornos de tul, terminados por un volante de encaje. El otro vestido es de gró margarita con dos órdenes de conchas negras y

margarita en el bajo de la falda, con el mismo adorno en el de las mangas, que son anchas, y pequeños volantes negros y margarita en el bajo del cuerpo, á la suiza.

Las telas de estación llevan generalmente dibujos delicados y uniformes, ya cuadrillados y puntillados, ya de listas menudo floreado. Los lisos son, sin embargo, los de mas elegante distinción.

Los sombreros de esta estación tienen aun la forma muy elevada y van adornados en lo alto de la cabeza. Las plumas dominan en su adorno, se combinan con el encaje y las flores de terciopelo, mezclando en la confección de estas mucho acero. Los hechos hasta aquí de tul y de terciopelo, empiezan á ser todos de terciopelo, aunque todavía se llevan de los primeros.

EXPLICACION DEL FIGURIN.

Trajes de calle. Vestido de gró marrón: sobre la falda un gran volante con cabeza, adornado con lazos de pasamanería. Cuerpo abierto con cinturón adornado con los mismos lazos. Mangas anchas en el bajo y adornadas con lazos en todo el largo de la costura y sobre el volante. Cuello y manguitas de muselina, hechas estas á pliegues paralelos. Corbata emperatriz. Gorro de tul negro con largas cintas, adornado con rosas rojas.

Otro de tisú agrisado, adornado con presillas malva y botones de seda. Cuerpo alto á dos puntas: mangas abiertas sobre el brazo y vueltas, adornadas como el resto del vestido. Manguitas y cuello de muselina. Sombrero de gró y terciopelo pensamiento, fondo de tul blanco moteado: adornos de flores de terciopelo pensamiento y encaje negro: en el interior del ala tres rosas blancas y rizados de blonda: cintas muy largas.

EMILIA R. Y R.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE COMPRENDE LA COLECCION DE NÚMEROS DE LA EDUCANDA, CORRESPONDIENTE AL AÑO DE 1861.

Educacion.

	Páginas.
No es fácil comprender bien á los niños.	3
Consejos á las madres de familia.	7, 347
Pensamientos sobre la educacion.	8
Los designios con que Dios creó á la muger deben ser realizados por la educacion.	17
No es fácil reprender bien á los niños.	21
La docilidad debe ser cultivada en la muger desde la infancia.	33
La autoridad del padre de familia necesita ser secundada por la madre.	39
Los celos infantiles.	40
No es conveniente dispensar á los hijos una confianza ilimitada.	40
Consideraciones generales sobre los colegios de niñas.	49
No es fácil dirigir bien el amor propio de los niños.	55
Educación religiosa. La oracion.	65
Medios de inspirar y cultivar el amor fraternal.	66
Algunos deberes que la educacion religiosa impone á la muger en el templo.	70
Educacion religiosa. Primera comunión de una joven.	83

	Páginas.		Páginas.
Consideraciones sobre la acción de la familia, de los maestros y del Estado en la educación.	99	Importancia de la acción de la mujer en la beneficencia.	51
La madre no enseña al niño en su primera infancia sino lo que aprende de él.	113	Algunos casos en que el matrimonio es intempestivo.	54
Relaciones del orden físico con el intelectual, moral y social bajo el influjo de la educación.	115, 147	La coquetería.	73
Importancia de la educación de la mujer en el progreso de la civilización.	129	Sobre los hábitos de adorno y compostura de la mujer.	78
La modestia.	161	El respeto filial.	81
Importancia de la cortesía en la sociedad y en la familia, y medios que emplea la educación para Hermanarla con la benevolencia y el respeto.	163	Contra la mentira.	88
La sociedad y la familia.	178, 193, 211, 225, 242	La ingenuidad.	89
El niño mimado.	181	Amor filial.	101
El espíritu de orden.	195	Caractéres de la envidia.	118
Máximas sobre la educación.	235	Conducta de la mujer en el matrimonio.	131
Colegios.	259, 275	La beneficencia.	135
La perezosa.	278	El respeto.	138
Algunas consideraciones sobre la educación de la mujer en la juventud.	289	Algunas reflexiones sobre el carácter de las mujeres que pretenden imponer su manera de sentir á los que las rodean.	145
El trabajo doméstico como parte de la educación de una joven.	307	Algunas consideraciones y reglas generales sobre las visitas.	156
El padre y la madre en la educación religiosa de sus hijos.	321	Máximas de la Sabiduría.	158
Sobre la educación de los colegios.	323, 339, 355	La mujer de mal carácter.	167
Algunas de las faltas que se deben evitar en la conversacion.	358	El arte de vestirse.	173
Educación religiosa. Idea de Dios.	369	Deberes morales de la recién casada.	177
Lo que los hijos deben á sus padres.	371	Inconvenientes y ventajas del corsé.	186
Enseñanza metódica.		La autoridad paterna.	209
Elección de métodos de enseñanza para la instrucción de la mujer.	7	Comunion frecuente.	214
Carácter de los estudios geográficos por la mujer.	22	La dorada miés.	215
Real Colegio de niñas de Santa Isabel.	24	Contra la hipocresía.	215
Sobre los inconvenientes que ofrece el enseñar á leer prematuramente.	37	Los cabellos y el peinado.	222
La geometría y el dibujo lineal en la instrucción de la mujer.	72	Reflexiones sobre el carácter de las mujeres dominantes.	227
La beneficencia aplicada á la enseñanza.	97	La madre de familia.	241
Dirección de la madre en el desarrollo natural del lenguaje.	102	Escenas de la vida de familia.	244
Sobre las relaciones de las madres con las maestras de sus hijas.	103	Delicias de la maternidad.	246
Consideraciones sobre el estudio de la Aritmética por la mujer.	120	Cualidades físicas conformes con las leyes de la elegancia.	253
Ejercicios con que se completa la instrucción de la mujer.	149	Vanidad de algunas madres de familia en ostentar virtudes.	257
La historia como debe estudiarse por la mujer.	165	Los mas gratos afectos.	262
Figuras del lenguaje.	180, 198, 261, 276	Compensaciones providenciales.	266
Sobre la enseñanza de la Aritmética en las escuelas de niñas.	197	A las orgullosas de su virtud.	273
Enseñanza del cálculo.	294	Contra las causas mas comunes de las agitaciones que turban la paz de las familias.	291
La enseñanza de la música como elemento de educación.	342	¿Qué es el amor?	295
La enseñanza del dibujo.	375	Tres divisiones de la elegancia.	296
Moral y estética.		El lazo de la familia es el espíritu conciliador de la madre.	305
Sobre la influencia de la mujer.	1	Armonía entre la belleza moral y la belleza física.	312
El amor maternal.	4	Naturaleza de la elegancia.	329
La elegancia.	11	Pensamientos.	331
La mujer en el Estado.	18	Misión de la mujer en la familia.	337
Sobre la influencia que las madres ejercen en sus relaciones con sus hijas casadas.	35	Del traje en general.	345
		Consideraciones generales sobre la aptitud de la mujer para algunas profesiones.	353
		La hija de la caridad.	359
		Los primeros placeres y dolores del amor maternal.	360
		Ultimas páginas de las memorias de una madre de familia.	375
		Conocimientos útiles.	
		Las agujas como producto de la industria manufacturera.	45
		Pasatiempo.	45
		Armonías de la naturaleza.	86

	Páginas.		Páginas.
Arte de escuchar.	108	Conversaciones sobre la economía doméstica.	60, 109, 170, 235, 331
Perlas artificiales.	111	Elaboracion de las cremas.	74
Explicaciones sobre los fenómenos ordinarios de la naturaleza.	133, 151, 229, 311	Limpieza de las telas.	75
Perlas belgas.	142	Incendio de chimeneas.	76
Lo que es una lágrima.	158	Recetas para hacer tintas.	219
Produccion, variedades é infusion del té.	187	Farmacia doméstica.	250
Mercerías necesarias para las labores de costura.	190	Teoría y práctica de la fritura.	252
Algunas consideraciones generales sobre la correspondencia epistolar considerada como elemento de cultura intelectual y moral para la muger.	212	Fabricacion del pan.	269, 285
Fabricacion del cristal.	222	Preparacion de la pomada alcanforada.	301
Las esponjas.	223	Máximas de economía.	364
Hilado de la seda.	237	Aseo y limpieza de la casa.	365
Los alfileres.	285		
Propiedades de los alimentos.	300, 317	Labores.	
Sucinta noticia del telégrafo eléctrico.	310	Costura.	12
Vida de las flores.	325	Bordado en cañamazo ó tapicería.	13
Juego.—La cámara de pedrería.	332	Flores artificiales.	15, 47, 159, 204, 303, 333
Juegos de sociedad.—Ese era yo.	349	Canastillo de felpillas (con grabado).	46
		El crochet.	29, 125
Novelas, cuentos, apólogos, leyendas y otras composiciones.		Procedimiento para marcar sobre la tela el dibujo que se quiera bordar.	29
Un falso preságio.	8	Fichús, mangas y cuellos (con grabados).	62
La nieve.	23	Redondel para debajo de una lámpara (con grabado).	63
Un buen párroco.	25	Zapatillas (con grabado).	76
El vestido de baile.	41	Relojera (con grabado).	77
Grandeza y decadencia de un pomo de esencia de rosa.	57	Clavel (con grabado).	92
Por qué mi tío Mauricio no se casó nunca.	89, 105, 135, 153	Puntilla de hoja de rosa (con grabado).	93
El ovillo de hilo.	108	Pila para agua bendita (con grabado).	94
La flor de la tumba.	122	Cinturon de terciopelo (con grabado).	126
El splin.	128	Limpia plumas (con grabado).	127
Rasgo de Blanca de Castilla, madre de San Luis, rey de Francia.	159	Relojera (con grabado).	139
Apólogo alemán.	157	Acerico (con grabado).	141
La sílfide y el ángel.	169	Aplicacion de conchas á una canastilla (con grabado).	174
Cómo mueren las mugeres.	182	Cartera y tarjetero de casa (con grabado).	175
La venganza.	185	Gorro griego (con grabado).	189
La indulgencia corregida.	200, 216, 232	Barba para tocado ó guarnicion de sombrero (con grabado).	191
El hermano generoso.	203	Cuello (con grabado).	206
Calendario de las joyas.	223	Almohadon para sofá (con grabado).	207
Una ilusion desvanecida.	234	Tapicería.	219
Los cabellos de Laura.	234	Petaca (con grabado).	220
La feliz adopcion.	246, 266, 282	Cuello (con grabado).	221
Los bienhechores.	249	Labor de crochet (con grabado).	238
Costumbres de princesas orientales.	253	Bolsa para costura (con grabado).	239
Julia.	263, 279, 343, 361, 376	Fichú (con grabado).	253
El Otoño.	363	Pelerina (con grabado).	255
Mi paraguas.	286	Zapatillas para señora (con grabado).	271
Una muger á la moda.	298	Fichú, cuello Lauzun y mangas (con grabado).	286
El ramo de violeta.	298	Juego de cuello y puños bordados (con grabado).	286
Los libros.	299	Tapicería (con grabado).	301
D. Mañana.	314	Dibujo para varios usos (con grabados).	302
El sol.	315	Dos dibujos para tiras bordadas.	318
Telégrafos á domicilio.	316	Toquilla ó barba (con grabado).	319
Congreso de modistas.	326	Relojera (con grabado).	334
Un remedio contra el esplin.	330	Tiras bordadas (con grabado).	333
La pena del millon.	345	Canastilla (con grabado).	350
Serafina.	348	Redondel que puede tener diferentes aplicaciones (con grabado).	351
Economía doméstica.		Chinelas ó zapatillas de paño (con grabado).	366
Economía doméstica.	14	Puntilla de crochet (grabado).	380
El servicio doméstico.	27	Cuello y puños de aplicacion (grabados).	380, 381
Consejos económicos de aplicacion inmediata.	30	Modas: 15, 47, 51, 64, 79, 95, 111, 128, 143, 160, 176, 192, 208, 223, 240, 255, 271, 288, 304, 320, 335, 352, 367, 382.	